

SILVER BLAZE ⁽¹⁾

Cierto día, en el momento en que nos sentábamos á la mesa, me dijo Sherlock Holmes:

—Siento mucho, querido Watson, tener que ausentarme por unas cuantas horas.

—¿A dónde váis?

—A King's Pyland.

No me sorprendió la respuesta. Lo verdaderamente extraño era que Sherlock Holmes no hubiera intervenido ya en aquel suceso que había conmovido toda Inglaterra y que era objeto de todas las conversaciones.

Hacía ya algunos días que lo veía preocupado, dando interminables paseos á lo largo del salón, con las cejas fruncidas, la cabeza inclinada, la pipa constantemente llena de tabaco, el más negro y más fuerte que pudo hallar, y sordo á los ruidos y á las palabras. Sin embargo, á pesar de su silencio, yo sabía

(1) Dejo el título en inglés por considerarlo de ilógica traducción. Literalmente: Luz ó llama (*Blaze*) de plata (*Silver*). También podría traducirse: *Lucero de plata*. (N. del T.)

á qué atenerme respecto del motivo de sus meditaciones. Unicamente un sólo problema era capaz de absorberle de tal modo durante aquellos días: la misteriosa desaparición de Silver Blaze—el caballo célebre, favorito del Wenex Cup—y la trágica muerte de su picador. Así es que al anunciarme de pronto que pensaba ir al terreno donde tuvo lugar el suceso, no hizo más que responder á mis secretas esperanzas y confirmar mis juicios.

—Si no os molestara, tendría mucho gusto en acompañaros.

—Al contrario, querido Watson, me agrada mucho, creo que no perderéis el tiempo, porque hay en este asunto circunstancias tan extraordinarias que lo hacen sumamente curioso. Tenemos el tiempo justo para llegar á la estación de Paddington y tomar el tren inmediatamente. Durante el viaje os pondré al corriente de todo lo que sé. ¡Ah! Os agradecería infinito que lleváseis los gemelos de campo.

Una hora más tarde, instalados en un departamento de primera clase, rodábamos á todo vapor camino de Exeter. Mi compañero había comprado en la estación una infinidad de periódicos, y en cuanto entramos en el vagón se puso á leer, no dejándolo hasta Reading. Al salir de esta estación, sacó la pitillera, me ofreció un cigarro, encendió él otro y se puso á mirar por la ventanilla. Luego, volviéndose hacia mí, y después de mirar el reloj, dijo:

—Marchamos bien. A noventa y tres kilómetros por hora.

—No me he fijado en los guardacantones—contesté.

—Ni yo tampoco. Pero en esta línea los postes del telégrafo están colocados á cincuenta y cinco metros de distancia uno de otro; como véis es muy fácil hacer el cálculo. Supongo que conoceréis ya la historia del asesinato de John Streker y de la desaparición de Silver Blaze.

—No sé más que lo que han dicho el *Telegraphe* y *La Crónica*.

—Estamos en presencia de un asunto de esos en los cuales el observador debe proceder con muchísima atención, pesando, aquilatando los hechos, *cribándolos*, si es preciso. Teniendo en cuenta lo extraordinario de este drama y la importancia capital que tiene para bastante gente, lo molesto, lo embarazoso, es precisamente la enorme cantidad de indicios y de pruebas y de conjeturas que lo rodean. La dificultad está, pues, en despojar al hecho—brutal é innegable—de toda la hojarasca con que lo han cubierto y embellecido los periodistas y los soñadores. Luego, apoyándonos en la base fija de ese hecho, podemos hacer todas las deducciones posibles y examinar los puntos principales sobre los cuales parece reposar el misterio. El martes por la noche recibí dos telegramas: el uno del coronel Ross, propietario del caballo y el otro del inspector Gregory, encargado de esclarecer este asunto. Los dos me rogaban lo mismo: que fuera inmediatamente en su ayuda.

—¡El martes por la noche y hoy es jueves! ¿Cómo no habéis acudido antes?

—Pues sencillamente, querido Watson, porque he cometido *una pifia*, lo cual me sucede con bastante más frecuencia de lo que se puedan imaginar los que lean vuestras memorias. Me parecía imposible que el caballo más notable de Inglaterra pudiera estar oculto tanto tiempo y mucho menos en un sitio donde la población es tan reducida, como sucede en el Norte del Dartmoor. Durante todo el día de ayer estuve esperando de un momento á otro la noticia de que lo habían encontrado y que el ladrón era el asesino de John Streker. Sin embargo, cuando ví que pasaba tiempo y que, aparte de la detención de Fitzroy Simpson, todo estaba igual que el martes, comprendí que había llegado el momento de tomar el tren. Pero no vayáis á creer que perdí completamente el día de ayer.

—Qué, ¿habéis puesto ya los primeros jalones?

—He ordenado todos los hechos principales, y voy á enumerarlos detalladamente, porque nada aclara tanto las cosas como el decirselas á otra persona. Por otra parte, no podríais ayudarme ignorando lo sucedido.

Tomé una postura más cómoda y me dispuse á oír la narración de Holmes que, con el cuerpo inclinado hacia adelante y pasando y repasando el índice largo y fino de la mano derecha sobre la palma izquierda, como si dibujase lo que iba diciendo, empezó á hablar.

—Silver Blaze es hijo de Jsonomy, y tiene, como su padre, una carrera brillantísima. Desde hace cinco años ha triunfado constantemente, y el coronel Ross, su afortunado propietario, se ha enriquecido á costa suya. El día de la catástrofe se cotizaba á 3/1 en el registro de Wessex Cup. Además, era el favorito del público de las carreras, y, como siempre justificó plenamente esta predilección; había apostadas sobre él grandes cantidades. Se comprende, pues, que haya muchas personas que tengan interés en que no se presente Silver Blaze el martes próximo en el hipódromo. Comprendiendo el coronel todas estas cosas, había duplicado la vigilancia en King's Pyland—así se llama el picadero de su propiedad.—El picador era John Skaker, que fué jockey durante cinco años y que llevaba siete como encargado del picadero, portándose en todas ocasiones como un hombre honrado y servicial. Tenía tres mozos de cuadra á sus órdenes, suficientes para el cuidado de los cuatro caballos del coronel. Cada noche se quedaba en vela uno de los tres, y los otros dos dormían en el granero. Los tres están considerados como modelo de honradez y de trabajo. John Skaker vivía con su mujer y una criada en un pabelloncito distante doscientos metros de las cuadras. Al Norte, á un kilómetro de distancia, se agrupan varios hoteles de alquiler para los enfermos y las personas que gustan de respirar el aire puro del Dartmoor. La pequeña ciudad de Tasistock está situada á tres kilómetros al Oeste, y en la dirección

contraria, é igualmente á dos kilómetros, está Capleton, donde lord Backirater tiene unas cuabras, también importantísimas, regentadas por un tal Silas Broun. En las otras direcciones, la llanura presenta el aspecto de un verdadero desierto, esmaltado aquí y allá por algunas agrupaciones de bohemios y vagabundos. Ahora que ya conocéis la topografía del país, vamos á la catástrofe del lunes último.

Aquella tarde, como todas, los palafraneros pasearon los caballos y los dieron su acostumbrada ración de pienso. A las nueve de la noche cerraron con llave la cuadra y dos de los mozos entraron en el pabellón del picador para cenar, mientras el tercero, llamado Hunter, quedaba de guardia. Un momento después la criada Edith Baxter salió del pabellón, con la comida de Hunter, consistente en un guisado de carnero. No llevaba bebida ninguna, porque está terminantemente prohibido que el vigilante bebiera otro líquido que agua. Edith llevaba consigo una linterna, pues era una noche muy oscura y el camino es á través de matorrales. Cuando ya estaba próxima á la cuadra oyó una voz de hombre que la rogaba se detuviera. Edith se paró, á la luz de la linterna vió á un hombre de aspecto distinguido, con un traje gris, gorrilla escocesa y con altas polainas de cuero. Se apoyaba en un bastón grueso con puño en forma de bola.

—¿Podéis decirme dónde estoy?—preguntó el desconocido.—Ya me había resignado á pasar la noche

en medio del campo cuando ví la luz de una linterna y he corrido hacia vos.

—Estáis cerca de King's Pyland—contestó la criada.

—¿De veras? Verdaderamente soy muy afortunado. Me han dicho que durante la noche se queda un palafranero de guardia y sin duda es para él esa comida, ¿no?

La criada asintió con la cabeza.

—Perfectamente... Y ahora, aquí entre nosotros, ¿no os gustaría compraros un traje nuevo? Yo os lo pago con tal de que me prestéis un pequeño favor.

Luego, sacando de uno de los bolsillos del chaleco un papel doblado en varios dobleces, continuó:

—Procurad que llegue á manos del vigilante este papel y os prometo un traje como...

Edith no quiso oír más y echó á correr asustada hacia la ventana, por la cual entregaba la cena al mozo de guardia. La ventana estaba abierta y se veía en el interior de la habitación á Hunter, sentado delante de una mesa. Edith empezó á contar su aventura, cuando de pronto se vió interrumpida por la llegada del forastero que, dirigiéndose á Hunter, dijo:

—Buenas noches. Desearía deciros una palabra.

Mientras hablaba tenía entre las manos el papel doblado que ofreció á Edith.

—¿Para qué deseáis hablarme?—preguntó el mozo de cuadra.

—Para llenaros los bolsillos—contestó el otro.—

Oid. Yo sé que tenéis aquí dos caballos ajustados para las carreras de Wessex Cup: Silver Blaze y Bayardo. Si contestáis á todas las preguntas que os voy á hacer respecto de estos dos caballos, no os pesará. ¿Es verdad que Bayardo puede?...

—Esperad, esperad—interrumpió Hunter—ahora veréis cómo contestamos en King's Pyland á los preguntones.

Y dando un salto salió de la habitación en busca del perro, encerrado en la cuadra.

Edith echó á correr hacia el pabellón, y una de las veces que volvió la cabeza, vió al forastero inclinado sobre la ventana. Cuando Hunter volvió con el perro no vió á nadie. Entonces dió una vuelta por los alrededores, pero tampoco logró hallar al desconocido.

—¡Un momento!—grité.—Hunter, al salir con el perro, dejó abierta la puerta de la cuadra, ¿no es eso?

—¡Bravo, Watson, bravo!—contestó Sherlock.—Se os ha ocurrido lo mismo que á mí. Ese detalle me pareció tan importante, que inmediatamente telegrafié á Dartmoor preguntándolo. La contestación ha sido negativa. Hunter cerró la puerta tras de sí; en cuanto á la ventana, es demasiado estrecha para dejar paso á un hombre.

Hunter esperó la vuelta de sus camaradas, y en seguida corrió uno de ellos á poner en conocimiento de Skaker lo ocurrido. La noticia afectó bastante al picador, y desde que la supo estuvo inquieto y

preocupado. A la una de la mañana se despertó su mujer, y llena de asombro vió que Skaker se vestía precipitadamente. A las preguntas de ella, el picador contestó que no podía dormir tranquilo después de lo que había pasado y que iba á ver si todo estaba en orden. Su mujer le rogó que no saliera, que la lluvia azotaba los cristales, que aquello del forastero no tenía ninguna importancia; pero no consiguió nada. John Skaker se puso un impermeable y salió al campo.

La señora Skaker volvió á dormirse, y cuando se despertó, á las siete de la mañana, vió que su marido no había vuelto aún. Se vistió apresuradamente, llamó á la criada y corrieron hacia las cuadras. La puerta estaba de par en par. Hunter yacía sin conocimiento sobre una silla. La cuadra de Silver Blaze estaba vacía. El picador había desaparecido.

Se despertó inmediatamente á los otros dos mozos que descansaban en el desván, los cuales dijeron que habían dormido toda la noche sin interrupción. En cuanto á Hunter se le dejó por imposible, comprendiendo que estaba bajo la influencia de un narcótico poderoso, y los dos hombres y las dos mujeres salieron en busca de John Skaker y del caballo, creyendo que tal vez el picador hubiera sacado á Silver Blaze para pasearlo. Pero bien pronto perdieron esta última esperanza al llegar á un montecillo, desde el cual se domina una gran extensión de terreno.

A cinco metros de la cuadra, sobre un matorral de anegas, se veía el abrigo del picador. Detrás de

este matorral, una depresión del terreno forma una especie de cuneta y allí estaba el cadáver del desgraciado Skaker con la cabeza completamente destrozada. Debía de haber sufrido unos golpes terribles, porque el cráneo estaba deshecho de tal modo que era imposible adivinar con qué arma fué golpeado. Además, la cadera presentaba una profunda herida, causada, indudablemente, con un instrumento muy afilado. John Skaker debió de defenderse rabiosamente, porque su mano derecha empuñaba un cuchillo lleno de sangre hasta el mango, y los dedos rígidos de la izquierda oprimían una corbata de seda roja y negra, que la criada reconoció como la que llevaba la noche anterior el forastero.

Esta declaración fué confirmada por la de Hunter en cuanto recobró el conocimiento, quien dijo, además, que el desconocido debió aprovecharse de su ausencia para echar en la comida un narcótico, con objeto de anular la vigilancia de las cuadras.

En cuanto al caballo perdido se comprendía, por las numerosas huellas que había en torno del cadáver, que estuvo presente al atentado. No se ha vuelto á saber más de él, á pesar de todas las pesquisas y de todos los registros practicados con ese objeto.

Por último, al analizar los restos de la comida de Hunter, se ha comprobado que habían echado en ella una considerable cantidad de polvos de opio, á pesar de lo cual la demás gente de la casa no ha sufrido el menor percance.

Tales han sido los hechos, que he procurado na-

rrar escuetamente, prescindiendo de conjeturas y suposiciones que á nada conducían. Ahora voy á resumir los trabajos hechos por la policía.

El encargado de este asunto es el inspector Gregory, al cual considero como uno de los más inteligentes de su oficio. Si tuviera un poco más de imaginación, le aguardaría un brillante porvenir. En cuanto llegó consiguió detener al hombre sobre el cual recaían todas las sospechas, aunque esta detención no tiene nada de particular, pues el presunto asesino es conocidísimo en las cercanías. Se llama Fitzroy Simpson y es hijo de buena familia; recibió una educación excelente, pero ha disipado toda su fortuna en las carreras de caballos, y en la actualidad es una especie de *bookmaker* (1) elegante y vive de lo que produjo su ruina. Hojeando su libro de apuestas se ha visto que tenía apostados más de cien mil francos contra el favorito del Wessex Cup.

Cuando se le detuvo confesó que, efectivamente, había ido al Datmoor, con la esperanza de obtener algunos datos respecto de los caballos de King's Pyland, y que también pensaba ir á Capleton, para enterarse acerca de Desboroug, el segundo favorito que está bajo la custodia de Silas Brown.

No intentó negar que quiso seducir primero á la criada y luego á Hunter, pero sin ningún deseo cri-

(1) *Bookmaker*: Encargado de anotar las apuestas en las carreras de caballos. (N. del T.)

minal de ninguna clase. Sin embargo, cuando se le presentó su corbata, palideció intensamente y no supo explicar el por qué se encontró en manos de la víctima.

Sus vestidos estaban mojados todavía, lo cual indicaba que había pasado la noche en el campo, sufriendo la inclemencia de la tempestad; y, en fin, su bastón, una gruesa caña de Indias—con una bola de plomo como puño—parecía ser el arma empleada para machacar el cráneo del mísero picador.

Por otra parte, la sangre que manchaba el cuchillo empuñado por el Skaker, demostraba que uno de los agresores debía estar herido. Simpson no presenta la menor rozadura.

Ya os he dicho todo lo que sé, querido Watson, y os agradeceré con toda mi alma que si sospecháis o habéis entrevisto algo, me lo digáis inmediatamente.

Yo había escuchado atentamente la narración de Holmes, pareciéndome nuevos en boca de mi amigo aquellos mismos sucesos que había leído varias veces.

—No sería admisible—insinué—que la herida que tenía Skaker en la cadera se la hubiera causado él mismo en medio de las convulsiones en que se agitan siempre los que padecen un trastorno cerebral.

—Es más que admirable, es seguro—contestó Holmes—y esta seguridad aumenta las pruebas desfavorables al acusado.

—Además, confieso que no veo muy clara la versión que puede dar la policía de este crimen.

—En un caso como este todas las versiones tienen que resultar algo confusas. Ahora bien, la de la policía es la siguiente: Fitzroy Simpson se proporcionó, no se sabe cómo, una llave que abriesela puerta de las cuadras, y después de echar un narcótico en la comida del vigilante, abrió la cuadra, y sin cuidarse de cerrarla se llevó el caballo, con la sana intención de hacerlo desaparecer; debió ponerle el freno y las bridas, porque no se han encontrado.—Al atravesar la llanura se vió sorprendido por el picador. Disputaron, y Simpson golpeó con el puño del bastón la cabeza de Skaker, sin que éste pudiese herir á su adversario con el cuchillo que sacó para defenderse. Después, una de dos: ó el ladrón condujo el caballo á un lugar seguro, donde está oculto desde entonces, ó el animal se escapó durante la lucha, y á estas horas debe andar errante sabe Dios por dónde.

He aquí cómo debe explicarse la policía este crimen, y debemos confesar que todo parece confirmar y justificar esta creencia. Yo me reservo hasta ver el sitio del crimen y las cercanías, y espero hallar alguna cosa que haya pasado inadvertida en la confusión de los primeros momentos.

Agonizaba el día cuando llegamos á la pequeña ciudad de Tasistock, que se halla situada en el centro del Dartmoor, como una abolladura en un escudo. En la estación nos esperaban dos personas. Era la una un hombre alto, rubio, con ojos azules y penetrantes; la otra, pequeña, vivaracha, vistiendo levita obscura, la parte inferior de los pantalones en-

cerrada en unas polainas; gastaba largas y cuidadas patillas y monóculo. El primero era el inspector Gregory, el policía de cuya sagacidad se esperaba tanto en Scotland Yard. El segundo era el coronel Ross, el conocido *sportman*.

—Celebro mucho veros aquí, Sr. Holmes—dijo el coronel.—El señor inspector ha hecho todo cuanto podía hacerse; pero yo quiero agotar todos los recursos de vengar al pobre Skaker y encontrar á Silver Blaze.

—¿Habéis descubierto algo nuevo?—preguntó Sherlock á Gregory.

—Nada. Hemos adelantado muy poco. Pero vamos al carruaje, que nos está esperando, pues creo que desearéis examinar el terreno antes de que sea completamente de noche. Por el camino hablaremos.

Un minuto después estábamos instalados en un cómodo landó y rodábamos por esas viejas calles del Devonshire, histórico y pintoresco. El inspector Gregory se puso á contar una larga serie de observaciones y deducciones, y Sherlock le interrumpía de cuando en cuando con alguna pregunta ó con alguna exclamación. El coronel Ross iba cruzado de brazos y con el sombrero caído sobre los ojos. Yo escuchaba atentamente la conversación de los dos policías, y observé que Holmes había acertado cuando me predijo en el tren la opinión de Gregory.

—Todas las mallas de la red, amigo Holmes, se cierran sobre Foztroy Simpson, y, según mi modo

de ver, creo que tenemos al verdadero culpable. No obstante, comprendo que nos basamos únicamente sobre conjeturas y que tal vez un nuevo indicio cambie por completo el aspecto de la cosa.

—¿A qué atribuíis la herida que tenía en la cadera Straker?

—Estoy plenamente convencido de que se la hizo él mismo al caer al suelo.

—Mi amigo el doctor Watson y yo somos de la misma opinión. Y de ser cierto me parece que empeora la situación del acusado.

—Claro. No le hemos encontrado ninguna herida ni ningún arma. Además todas las apariencias le condenan. Es indudable que tenía mucho interés en la desaparición del caballo; es muy probable que fuese él quien narcotizó al mozo de cuadra; es seguro que estaba en el campo cuando la tempestad y armado con el bastón con puño de plomo; y, por último, es innegable que la corbata hallada en la mano izquierda del cadáver era suya. Me parece que son pruebas más que suficientes para llevar el asunto á la Audiencia.

Holmes sacudió la cabeza.

—Un abogado hábil reduciría todas esas pruebas á la nada. ¿Para qué necesitaba sacar el caballo de la cuadra? ¿No podía matarlo ó estropearlo allí mismo? ¿Se le ha encontrado la falsa llave de la cuadra? ¿Qué boticario le ha vendido el opio? Y sobre todo, siendo forastero, ¿cómo ha podido ocultar tan plenamente un caballo, y un caballo como Silver Bla-

ze?... Pero en fin, ya se aclarará todo esto. ¿No ha dicho el detenido qué clase de papel intentaba entregar al mozo de cuadra?

—Dice que era un billete de diez libras, y realmente se le ha encontrado uno en el portamonedas. En cuanto á vuestras objeciones no son, ni mucho menos, incontestables. Simpson no es desconocido en el país, porque ha pasado dos veranos en Tasisstock. El opio lo ha debido traer de Londres. La llave la pudo hacer desaparecer después de utilizarla. Y, por último, el caballo puede haber sido arrojado á uno de esos antiguos pozos de mina que existen todavía en la contornada.

—¿Y cómo explica lo de la corbata?

—Confiesa que es la suya y pretende que la perdió no sabe cuándo. Además, hemos descubierto un nuevo indicio que quizás nos revele el paradero ó á lo menos cómo desapareció Silver Blaze.

Holmes redobló su atención.

—Hemos descubierto señales de un campamento de bohemios, á dos kilómetros del sitio donde se cometió el crimen. ¿No es posible que existiera entre esos bohemios—que aún estaban acampados el lunes por la tarde—y Simpson un pacto, que ellos han sido los que se llevaron el caballo y los que lo tienen actualmente?

—Sí; es probable.

—Hemos recorrido todas las cercanías buscándolos. Por mi parte, yo he visitado todos los edificios que existen en un radio de quince kilómetros.

—Me parece haber oído que hay otras cuadras cerca de estas.

—Sí; es un detalle que no se me pasó inadvertido. El caballo principal de ellas, Desborough, ocupaba el segundo lugar en el Wessex Cup, y por lo tanto, se comprende que tuvieran gran interés en la desaparición del favorito. Además, se sabe que el encargado del picadero, Silas Bronn, había apostado grandes cantidades y que no estaba en muy buenas relaciones con el pobre Skaker. Sin embargo, hemos registrado cuidadosamente las cuadras y no hemos hallado el menor rastro de Silver Blaze.

—¿Y no hay nada que indique si existen ó no relaciones de interés entre Simpson y Silas Bronn?

—Nada absolutamente.

Holmes no contestó, y Gregory dejó de hablar. Al cabo de un rato de silencio llegamos á un hotelito de ladrillos rojos construido á orilla de la carretera. Un poco más lejos se alzaba un edificio amplio, cubierto con tejas grises. Aquí y allá se extendía la llanura ligeramente ondulada, sombría y adusta por las plantas espinosas y obscuras. A un lado surgían los campanarios de Tasisstock, y al Oeste un grupo de casas señalaba Capleton. Todos bajamos inmediatamente del carruaje, excepto Holmes, que parecía ensimismado, inmóvil y con los ojos extáticos. Tuve que zarandearlo vivamente para que volviera á la realidad.

—Dispensadme—dijo al coronel que lo miraba lleno de asombro.—Estaba soñando despierto.

Acostumbrado á vivir con él y á conocerlo bajo la impresión de distintas sensaciones, comprendí en el hilo de sus ojos y en la reprimida animación de sus ademanes que estaba cerca de la resolución del asunto, aunque no me explicaba cómo y por qué confiaba tanto.

—¿Qué, Sr. Holmes, deseáis que vayamos en seguida al teatro del crimen?—preguntó Gregory.

—No; vamos á detenernos aquí un instante. ¿Está aquí el cuerpo de Skaker?

—Sí; está en el piso alto. Mañana le harán la autopsia.

—Estaba hace mucho tiempo á vuestro servicio, ¿no es verdad, coronel?

—Sí; hará unos once años, y durante todo ese tiempo no he tenido el menor motivo de queja.

—Creo, señor inspector, que habréis hecho un inventario de lo que tenía el cadáver en los bolsillos, ¿eh?

—Sí; todo está aquí en el salón, y si queréis verlo...

—No deseo otra cosa.

Entramos en la primera habitación y nos sentamos en una mesa que había en el centro de ella. El inspector cogió una cajita de hierro, y, abriéndola, sacó algunos objetos que fué poniendo delante de nosotros. Había muchas cerillas, un cabo de vela, una pipa de madera, una bolsa con un poco de tabaco Cavendish, un reloj de plata con cadena de oro, cinco monedas de oro, un lapicero de aluminio, al-

gunos papeles y un cuchillo con mango de marfil, cuya hoja afiladísima por los dos lados llevaba la marca *Veiss and C.º London*.

—¡Vaya un arma más rara!—dijo Holmes cogiéndolo y examinándolo atentamente.—A juzgar por estas manchas de sangre, debe ser el que tenía el cadáver en la mano derecha ¿no? Mirad, Watson, mirad; me parece que entra de lleno en vuestra especialidad.

—Sí—contesté,—es un cuchillo de cataratas.

—Me lo figuraba. Esta hoja no debe emplearse más que en operaciones muy delicadas y peligrosas. Por eso me parece bastante extraño que Skaker no llevase otra arma, sobre todo siendo tan incómodo de llevar en el bolsillo.

—Debió estar protegida la punta con un corche que hemos encontrado junto al cadáver—interrumpió el inspector.—La señora Skaker ha dicho que hacía varios días que rodaba ese cuchillo sobre el tocador y que su marido le debió coger al salir, no hallando otra cosa mejor.

—Es posible. ¿Y qué son esos papeles?

—Tres de ellos son facturas del proveedor de forraje; otro es una carta con instrucciones del coronel Ross, y este último es una factura de una tal madame Lesurier, modista de Bon Street, á nombre de mister William Darbyshire, é importante 984 chelines y 60 peniques. La señora Skaker ha dicho que este Darbyshire era un amigo de su marido que se hacía dirigir las cartas aquí algunas veces.